

Ronaldo Menéndez

La nieta de Puskin



Editorial Páginas de Espuma
91 522 72 51 || ppespuma@arrakis.es
Información: www.paginasdeespuma.com

Después de una cuarentena, toca viajar

Tras semanas de cuarentena en casa y bajo el signo de la incertidumbre sobre los movimientos futuros, sumergirnos en el mundo del cuento, de la autoficción y del viaje parece la opción más alentadora en estos momentos. Ahí se radica *La nieta de Pushkin*. Y es que Pushkin nunca tuvo una nieta, o acaso la desconocemos, por eso este libro de cuentos es dos cosas: la audacia de la búsqueda de personajes azarosos, perdidos y esenciales, y un viaje hacia territorios desconocidos. Los escenarios son múltiples: de La Habana al desierto del Rajastán, de Saint-Nazaire a Teherán, de Rusia a Miami o Lima. El hilo conductor es el tiempo, la nostalgia, la pérdida, pero también la aventura, el humor, y la recuperación del pasado. Un salto a un vacío lleno de sentidos.

La nieta de Pushkin es un libro híbrido entre el cuento y el viaje en clave de autoficción. Si toda literatura es un ejercicio de solapamiento autobiográfico, Ronaldo Menéndez rompe las rasgaduras de ficción para filtrar un yo, un nosotros, que envuelve al lector y le hace viajar con él. Y por encima de todo, un lenguaje que es en sí mismo una búsqueda y una fundación, una manera de entender la literatura. Una prosa enérgica, que nos traslada con pulso propio, a la mejor renovación de la literatura latinoamericana de este primer tercio del siglo xxi.



Ronaldo Menéndez

Ronaldo Menéndez (1970) es fundador de la escuela de escritura Billar de Letras, en Madrid, ciudad donde reside desde hace más de una década. Ha publicado más de una decena de títulos, entre ellos los libros de cuentos *El derecho al pataleo de los ahorcados* (1997, Premio Casa de las Américas), *De modo que esto es la muerte* (2002) o *Covers. En soledad y compañía* (Páginas de Espuma, 2010), los ensayos *Cinco golpes de genio* (2013) y *Rojo aceituna. Un viaje a la sombra del comunismo* (Páginas de Espuma, 2014), o las novelas *La piel de Inesa* (1999, Premio de novela Lengua de Trapo), *Las bestias* (2006) y *Río Quibú* (2008). Su obra más reciente, la novela *La casa y la isla* (2016) ha tenido un gran éxito de crítica y público. Formó parte del primer Bogotá 39, y algunas de sus obras han sido traducidas al italiano, portugués y francés. Ha colaborado con diversos medios en Europa, Estados Unidos e Hispanoamérica, entre ellos, *Squire*, *Etiqueta Negra*, *SoHo*, *Nouvelle Revue Francaise*, *Letras libres*, *Osamayor*, *Quimera*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Eñe*, *Zoetrope* y con el diario *El País*.

Entrevista

La escritura que se constituye desde las “formas breves” progresivamente ha ido escapando de límites y costuras que marca un género determinado. Desde este punto de vista, ¿dónde situamos *La nieta de Pushkin*?

Pushkin nunca tuvo una nieta, si la queremos, hay que buscarla en el territorio incierto de la imaginación o de lo simbólico. El relato como género una vez tuvo un territorio técnico casi fijo, canónico, pero desde hace tiempo al relato hay que reinventarlo. Este libro es otra raya más al tigre: ‘la tigridad’ del relato permanece intacta, pero hay que imaginar su metamorfosis, y realizarla. Humildemente, eso he tratado de conseguir, al hacerlo entrar en el mundo de lo autobiográfico desde formas que coquetean incluso con la crónica, pero también con lo onírico que elude un centro de gravedad.

El mestizaje o umbral de su libro recorre el cuento, el libro de viajes, la crónica, el diario. ¿Qué le pedimos a la mente del lector más allá de que se abra a un espacio abierto en códigos y estímulos?

Que se olvide lo antes posible de ese nivel de disfrute basado en los códigos y la intríngulis técnica, y se deje llevar por la piel de los textos. Paul Valery afirmaba que 'lo más profundo es la piel', y aquí el lector debería tocar las palabras, olerlas, acostarse con ellas, y dejarse hamacar por las historias que se cuentan.

Sin duda, el viaje tiene un peso ponderado en el libro. Se recorren escenarios que van de Lima a La Habana, de Rusia a la India. Más allá de su experiencia, ¿cómo funcionan desde un punto de vista de la ficción?

Todo espacio, entendido como ciudad o lugar, es por definición ambivalente: real e imaginario, porque somos sujetos, y no nos queda más remedio que ser subjetivos. Por eso la Rusia del relato que da título al libro es una dacha en un bosque y una regresión de mi infancia telesovietizada. Con un pie puesto en ese futuro que es el viaje a Rusia, donde nunca llegué a pisar la Plaza Roja. Por eso el viaje, que es una constatación de un espacio real, cae hacia adentro. Y el lugar visitado se convierte en espejo y en personaje.

No podemos eludir el término: autoficción. ¿Cómo siente Ronaldo a R.? ¿Qué profundidad tiene en este libro el siempre existente pacto con la biografía de uno mismo que es todo hecho literario?

Una cosa es pensarse a uno mismo todos los días, entre los trajines y la rutina, y otra muy distinta convertirse en el escritor de uno mismo, y tratarse como personaje. En la vida diaria, cada cual persiste en su ser, como el concepto de individuo de Spinoza. Pero Walt Whitman agrega: "¿Me contradigo? Contengo muchedumbres?" Este libro, la suma de sus relatos en distintos momentos de mi vida, estos 'viajes secretos', son la muchedumbre de mí mismo. Una especie de confidencia que no deja de asombrarme.

No quisiéramos terminar sin subrayar un territorio muy destacable en los diferentes relatos: hay una atmósfera crepuscular, con una fuerte cara poética y evocadora: la muerte del padre o de otras personas cercanas, el testimonio del paso del tiempo

que es el crecimiento de un hijo, el “viaje” que hay entre una Cuba soviética de la infancia a una Rusia inidentificable para un cubano nacido hace cincuenta años. ¿Qué voluntad literaria hay en todo ello?

Me gusta la expresión ‘atmósfera crepuscular’: Y perdonadme otra referencia, ya sabéis que soy el pesado que cita a Borges: “Solo es nuestro lo que perdimos”. Y luego también dice: “Sólo el que ha muerto es nuestro, sólo es nuestro lo que perdimos. Ilión fue, pero Ilión perdura en el hexámetro que la plañe.”. De modo que la pérdida, la posesión, y la poesía, son tres cosas que cuando se juntan, subliman el ser y nos lo devuelven. No hay otros paraísos que los paraísos perdidos. Por eso la escritura apela a lo simbólico, a la metáfora, para perpetuar lo que fue, para devolverme de una manera definitiva lo que he perdido.